

dirla. Pero ¿qué significa todo esto? ¡Y estoy encerrado aquí! Y se puso á recorrer el cuarto, como si este ejercicio hubiese de contribuir á su salida de él.

—Pues bien, replicó Jucundo, es fácil que te convenzas por tus propios ojos; pues creo que te se dejaria salir de aqui para ir á verla.

Pero iba demasiado aprisa, y Agelio no atendia á sus palabras.

—¡Pobre y generosa Calista! exclamó: ¡es inocente, sí, es inocente! No, no es cristiana. ¡Ah! continuó con grande ansiedad, como si el desenlace entero del asunto se desarrollase á su vista: morirá sin ser cristiana, morirá sin fe ni amor, morirá en el pecado. Se la conducirá al suplicio por informes falsos de que profesa lo que únicamente pudiera llevarla á la vida muriendo. ¡Señor mio! ¡perdóname! Y se dejó caer en el suelo profundamente abatido.

Jucundo se conholió de él, y sintió una viva alarma.

—Vamos, vamos, hijo mio, le dijo, vas á asustar á todo el vecindario. Cesa en tus lamentos y sé hombre; cálmate, que todo se arreglará. Si Calista no es cristiana (y ya sabemos que no lo es),

no sufrirá la muerte dada á los cristianos, pues algo ocurrirá que lo impida. No está encerrada tampoco en el calabozo que supones, sino en una habitacion decente, donde podrás verla, y la consolarás, y todo irá bien.

—Si, la veré, dijo Agelio como meditando; es ó no es cristiana. Si lo es. . . . y la voz pareció faltarle; pero, si no lo es, vivirá hasta que lo sea.

—¡Perfectamente! respondió Jucundo, hasta que lo sea. Vivirá hasta que lo sea. Sí, yo puedo conseguir que tengas con ella una entrevista, y tú la sacarás de la prision. Una sonrisa, la mas leve exhortacion tuya, disipará toda su irritabilidad y mal humor, como se desvanece la neblina ante los ardientes rayos solares; y entonces los inmortales dioses no nos escederán en dicha.

—¡Oh, querido tio! dijo Agelio gravemente. El lenguaje de Jucundo le habia chocado, y sus sentimientos habian tomado mejor direccion. Apartose de él, apoyó el rostro contra la pared, y volviéndose luego nuevamente, dijo:— Si es cristiana, debo alegrarme, y me alegro en efecto. ¡Loado sea Dios! Si no lo es, debo emplear todos mis es-

fuerzos en convertirla. Si sufre ya la pena impuesta á los cristianos, está destinada indudablemente á serlo. ¿E iría yo á decirle, prosiguió como hablando consigo mismo, que no es aún cristiana, y á rogarla que jure por Júpiter, pues que es su dios, á fin de que recobre la libertad y se libre de la muerte? ¿Me cumple desempeñar el oficio de un sacerdote pagano ó de un sofista infiel? ¡Oh, Cecilio! ¡cuán pronto he olvidado tus lecciones! No, no seguiré ese camino. Iré á verla, Jucundo, si puedo; pero no con las condiciones que dices. No iré bajo promesa de libertar á la infeliz jóven de la prision á cualquier precio. No iré para inducirla á que sacrifique á un dios falso, y sí para persuadirla á que permanezca en la prision mereciendo estar en ella. Quizá no sea yo la persona mas adecuada al intento, pero, en caso de ir, ha de ser libremente, deseoso de morir por mi Señor, y feliz con la esperanza de obtener que ella muera tambien por El.

Agelio dijo esto con tono tan decidido y reposado, con tan perfecta inteligencia de la situacion de los negocios y de todas sus circunstancias, que á Jucundo

le llegó su vez de sentirse sorprendido y disgustado. Por algun tiempo le fué imposible comprender lo que queria decir Agelio, pero cuando vió clara la intencion de éste, montó en cólera y se puso á hablar con estremada violencia. Sin embargo, calmose por grados, y entonces volvió á su primera idea, de que era imposible una entrevista entre los dos jóvenes, sin que el resultado fuese bueno; pues desafiaba á dos amantes cualesquiera á llegar á otro distinto del que tenia en la mente. Los sentimientos de Agelio eran demasiado exaltados, demasiado trágicos para que durasen. El espectáculo de Calista en aquella triste prision, quizá cargada de cadenas, y esperando, para verse libre, la oportunidad de decir estas palabras: “no soy cristiana;” palabras que inspirarian al jóven otras analogas; ese espectáculo, pensaba Jucundo, daria cima al asunto. ¡Cómo era creible que su sobrino prefiriese una opinion fantástica á Calista! Agelio habia espresado tambien temores acerca de esto, y en el particular coincidian sus ideas. A la verdad, era aquella una negociacion muy delicada para un jóven; y aun con-

cediendo á nuestro pobre Agelio toda la pureza de intencion y toda la firmeza de resolucion posibles, hubiéramos sentido verle empeñado en una prueba que exigiése de él la fé mas heróica y la abnegacion de un santo. Por lo mismo, nos alegramos de que alcanzase el mérito de tan virtuosa determinacion, sin ser llamado á ejecutarla. En efecto, algunas horas después le sobrevino un acontecimiento inesperado, que nos obligará á reanudar aquí algo bruscamente la historia de otro de nuestros personajes.

CAPITULO XXIII.

En el centro de los bosques que cubrian muchas millas de los alrededores de Sicca, y sobre una pendiente de arena sembrada de guijarros que conducia á un arroyuelo en el fondo del valle, se encontraba una choza pequeña y grosera, de un género particular al Africa, y en uso principalmente entre las tribus nómadas, que no se cuidaban ni tenían lugar de construir habitaciones mas só-

lidas. Se la hubiera podido llamar tienda de campaña, á causa de las pieles de cabra con que estaba cubierta; pero, en cuanto á su forma, se parecia exactamente á una barca volcada, ó al techo de una casa colocado en el suelo. En lo interior, componiase de ramas de árboles entrelazadas ó atadas con juncos, y sus intervalos estaban llenos de arcilla, ó mas bien se estendia por toda su superficie una capa de lo mismo. Estas precauciones la resguardaban de las grandes lluvias, frecuentes en aquella region. El techo, que variaba en altura desde seis á diez piés, estaba sostenido por tres postes ó pilares; mientras que á un extremo se elevaba, en forma de cono, una abertura que servia al mismo tiempo de chimenea, de ventana y de ventilador. En el techo habia ganchos para colgar cestas, vestidos, armas y utensilios de varias clases; y un pozo, tambien en forma de cono, pero invertido, seria para encerrar el trigo. La puerta de la choza era tan baja, que una persona de mediana estatura tenia que inclinarse para pasar por ella.

Sin embargo, solo en los meses de invierno, cuando eran excesivas las llu-